
CARMEN MARAI: "EL ALBA DE LA MANDRAGORA"
(Editora e Impresora Isla de Pascua. Santiago. 1985).

Carmen Marai, autora de "El Alba de la Mandrágora", nacida en el puerto de San Antonio, Chile, con siete años de residencia en los Estados Unidos, ensaya su fantasía, activada por una pasión de adolescente, en ciertos asuntos relativos a la Séptima Dinastía egipcia. La novela discurre "Veintitrés años antes; cerca de Gizah, casi a orillas del Nilo, en Egipto". Así, Carmen Marai no tendrá contratiempos para contar lo que ella quiera y como quiera, arqueologizando *ad libitum* sucesos de esta hora o escarmenando acontecimientos oníricos que nadie nunca podrá corroborar o desmentir.

Si no se encontrara uno tan a menudo con Braulio Arenas, experto, mucho antes que Umberto Eco y que Patrick Süskind, en arqueologías literarias (herencia surrealista al fin y al cabo), creería vérselas de nuevo con el laureado maravillista de "El Castillo de Perth". Pero, no. Se trata de Carmen Marai, capaz de sostener como una candente cuestión de hoy la trama de un relato en que la leyenda y la realidad tejen una dramática e intranquilizadora secuencia de efusiones y confusiones. Es difícil dudar de los enérgicos valores de la imaginación de Carmen Marai. De lo que se duda es de la paciencia para que otros compartan a estas alturas de la historia, asimilándose al placer de la novelista, los avatares de Antefiker, Kar, Tiamat, Mardukel y decenas de obstinados exponentes de la Séptima Dinastía.

HERNÁN MIRANDA CASANOVA: "VERSOS PARA QUIEN VA CONMIGO". (Ediciones Manieristas. Santiago. 1986).

La sencillez poética se ha convertido, definitivamente, en moda. Ya nadie quiere ser parnasiano. El verso simple está en vías de constituir el "modelo económico" de la época. Hernán Miranda Casanova rehúsa encarnar la excepción de la regla. Naturalmente, la obra "Versos para quien va conmigo" no podría traducir excepción de su regla. Así las cosas, aprestémonos no para escuchar a Bach o a Mahler, sino para oír a Violeta Parra o a Benedetti en la voz de Serrat. La competencia se libra ahora entre los que delinean mejor en sus versos el perfil de la prosa. Hernán Miranda Casanova se narra líricamente como si estuviera en la cocina de Diego Dublé Urrutia, junto al fuego de la vieja Paulina. En efecto, observemos qué dice (y cómo lo dice) en *Pararrayos* (pág. 47): "Hubo un tiempo/ en que los pararrayos me tenían obsesionado./ Yo quería poner pararrayos en mi casa./ Yo quería convencer a los demás que pusieran/ pararrayos en las suyas./ Yo quería saber cómo se hacía un pararrayos./ Yo tenía pesadillas en que trabajaba en vano por/ levantar un pararrayos./ Hasta que un amigo me abrió los ojos./ El pararrayos de Franklin ya había pasado de moda/ Y los modernos formaban parte de la estructura de/ los edificios./ De modo que mi temor no tenía ninguna justificación./ Y mi angustia carecía por completo de sentido".

En suma, superado el problema del pararrayos, perfectamente se puede pasar a la democracia de la prosa.